

Jada Sirkin

LA HUMANIDAD ESTÁ FRUSTRADA

La Celebración Comienza



**PRIMERAS
PÁGINAS**

2da Ed. Mayo 2022

Jada Sirkin

LA HUMANIDAD
ESTÁ FRUSTRADA

La celebración comienza

**PRIMERAS
PÁGINAS**

2ª EDICIÓN

La humanidad está frustrada

(La celebración comienza)

2ª Edición

Jada Sirkin

Mayo 2022

Foto de portada: Rachel Claire (Licencia Pexels)

<https://www.pexels.com/@rachel-claire/>

Diseño de portada e interior: Jada Sirkin

Consultas y asistencias: Dama David

Este libro está protegido por derechos de autor. Se permiten (y se incentivan y agradecen) las citas, haciendo la referencia. Si quieres compartir el libro con alguien, puedes mandarle el PDF de las primeras páginas y el link de mi web para que pueda comprar el libro entero.

www.jadasirkin.com

¡GRACIAS POR LEER!

Índice

Índice	5
Introducción.....	10
La condición narrativa	23
Del refugio del <i>Sentido</i> a la celebración del <i>Sentir</i>	35
Los tentáculos de la revolución poética	43
Perder el tren	50
Meditación.....	52
Cuántas cosas pasan en el mundo	53
Logros personales.....	54
¿Qué se frustra cuando hay frustración?	68
Confiar 1	69
Desconfianza (relato)	71
Confiar 2	74
Un piojo en la mesa de mi abuela.....	75
El chocolate y el paseo	78
¿Por qué dejamos de jugar?	87
Diálogo.....	93
Jugar	94
De vuelta a la eternidad	96

El juez que estudia arquitectura	98
Oh, podemos olvidar que es una historia.....	103
El tiempo.....	106
Está tan acá.....	107
Frustración es haber llegado.....	109
Frustración Expresiva	110
Comunicación Vs celebración	124
El artista frustrado Vs el arte como frustración.....	141
Naturaleza.....	154
La pesadilla americana	163
Insistir con la puerta cerrada	174
La distancia	190
Aventuras y experiencias.....	191
Virgo (o la cima del detalle)	198
El problema de la santidad	201
La frustración como desobediencia	209
Frustración: programa de desmantelamiento	212
La frustración como un aquietamiento	213
La frustración como una muerte.....	216
Frustración y política	220
Frustración y cinismo.....	234
Frustración y madurez.....	236
Mi catálogo de frustraciones	238

La humanidad es el invento de la frustración.....	242
La humanidad está frustrada	245
La identidad como un catálogo de reacciones.....	250
La oficina de las razones	263
La paradoja del orgasmo	266
La próxima vez que me frustré	270
Los grillos	272
Nombrar y volver	273
El malentendido del deseo	274
Sacarse las ganas.....	278
Qué hacer con el deseo	281
Mirror Town.....	290
Morir.....	291
Por suerte hay más.....	293
Recién cuando la luz escapa (relato).....	295
Sólo las historias tienen finales.....	304
Tocar la muralla (relato)	306
Parálisis (relato político amoroso)	310
Amor.....	317
Toda historia es la historia de una falta	320
Torpeza	322
Transformación	324
Transparencia.....	329

Una fiesta sin anfitrión	331
Del error a la intuición.....	333
Tal vez el misterio	337
Todo lo que no nos gusta.....	339
Todo lo que necesito recordar	346
El animal que aprende a reescribirse	348
Homo sapiens y su fragilidad casi infinita	357
Niñxs al volante.....	377
Más allá del más allá del bien y del mal	384
Una humanidad impensable.....	396
La frustración, una tecnología dolorosa y necesaria.....	398
Sobre el autor	426

Puedes saber que la realidad está bien así como es, porque cuando discutes con ella, experimentas ansiedad y frustración. Cualquier pensamiento que cause estrés es una discusión con la realidad. Todos esos pensamientos son variaciones de un tema: "Las cosas deberían ser diferentes a como son."

Byron Katie, *Mil nombres para la alegría*

La progresiva maduración del cerebro forma parte de la evolución planetaria. La mente humana tiene el potencial para emerger de su actual estado infantil como parte de un proceso que va mucho más allá de nosotros, pero esto implica la caída irreversible de nuestras construcciones autoprotectoras. Así como la verdad acerca de las interacciones sociales en las que se encuentra inmerso es casi insoportable para un niño, la realidad cósmica de la que formamos parte es insoportablemente ajena a todas las ideas, creencias y anhelos acumulados a lo largo de nuestra historia.

Eugenio Carutti, *Inteligencia planetaria*

¿Cómo se explica que mi mayor miedo sea precisamente el de ir viviendo lo que vaya sucediendo? ¿Cómo se explica que no soporte yo ver, solo porque la vida no es la que pensaba sino otra?, ¿como si antes hubiese sabido lo que era! ¿Por qué el ver produce una desorganización tal? Y una desilusión. Pero, desilusión, ¿de qué? ¿Si, sin ni siquiera sentir, yo soportaría mal mi organización apenas construida? Tal vez la desilusión sea el miedo a no pertenecer más a un sistema. A pesar de ello, se debería decir así: él es muy feliz porque finalmente se desilusionó.

Clarice Lispector, *La pasión según G.H.*

Introducción

Quién no piensa, y cree, al menos una vez al día, que las cosas podrían estar mejor. *Podrían*, decimos, por no decir: *deberían*.

—Mi vida, la vida en general, el mundo, la humanidad, *mi* cuerpo, las relaciones, la economía, *nuestra* economía, la película, ¡este momento! ¡Este momento debería ser mejor! —nos decimos, con mayor o menor consciencia.

Mejor, decimos, o al menos *diferente*.

¿Hay algo que duela más que creer que *este momento* debería ser diferente?

Entre pensar y creer hay una gran diferencia. Digamos que pensar, en sí, no significa nada. Los pensamientos suceden, como si fueran propuestas. Digamos que creer es dar atención a un pensamiento —elegirlo, enfocarlo, atesorarlo. La atención genera impresión de realidad —la atención organiza la realidad. Entonces creer es dar categoría de realidad a un pensamiento —creer es dar reali-

dad al pensamiento. Tal vez el siguiente pensamiento (creído, realizado) sea la síntesis de lo que solemos entender por frustración:

Esto debería ser diferente.

Pareciera que las criaturas humanas vivimos así: insatisfechas. Y, lo que parece más doloroso, vivimos pretendiendo satisfacer (negar, tapar) nuestra insatisfacción —digamos: nuestra parte insatisfecha. Como si el agujero pudiera taparse, como si no fuera un portal profundo e insistente.

Admitámoslo, no tenemos mucha noción acerca de qué hacer con nuestras desilusiones y nuestros fracasos. ¿Acaso el despliegue de la humanidad tenga que ver con este proceso —o chispazo, o serie de chispazos— que podemos entender como un amigarnos, un hacer las paces, con la naturaleza frustrante del mundo en que vivimos?

El mundo, *este mundo*, al menos para la consciencia *humana* actual, es un mundo frustrante. Hay algo que pareciera que la voluntad nunca va a llegar a dominar —o controlar. En tanto más insistimos, el mundo más insiste —se resiste. Las puertas, en tanto más las golpeamos, tanto más devienen muros infranqueables. ¿Acaso pretendemos abrir

puertas que no existen? ¿Acaso los muros, que separan nuestro *interior* de ese *exterior* que llamamos *el mundo*, no existen?

¿Acaso nos frustramos porque creemos en esa división? La percepción de una división entre un interior y un exterior (llamémosle percepción formal, o separativa) va a tener mucho que ver, como veremos durante el libro, con la experiencia de la frustración. Una de las hipótesis que probaremos acá es ésta: la frustración es una invitación a poner en cuestión la percepción de esa separación.

El de la frustración fue siempre uno de mis temas personales favoritos. No digo *tema* en el sentido de algo teórico, intelectual. Digo *tema* para decir: denominador común de las experiencias de mi vida, sensación o emoción recurrente, textura organizante de mi existir en tanto individualidad en un mundo colectivo y complejo. Propuesta de juego y campo de investigación.

La frustración se me presenta como un campo de investigación muy nutritivo. No digo que no me siga doliendo frustrarme. Sigue doliendo, cada vez, pero, a la vez, en tanto voy reconociendo (*una parte*

de la consciencia va reconociendo) lo poderoso y liberador de todo proceso de desilusión (sobre todo, lo poderoso y liberador de decidir ver ese proceso como una investigación creativa y no como una desgracia), cada nueva caída es recibida con al menos un poco más de gracia. Sigue doliendo caer, pero, en el fondo, o en algún momento, alguna parte de mi sistema reconoce que no me estoy cayendo, sino que me estoy acostando. Es una cuestión perceptiva. Aunque crea que no lo estoy decidiendo, aunque crea que algo salió mal, aunque crea que hubo un accidente, el resultado es que mi sistema se recuesta. Acontece una humildad. Hay una inteligencia sutil y compleja operando en el desmantelamiento de las inteligencias sesgadas de mi personalidad. Claro que a mi personalidad (a mi persona, a mi personaje) le molesta y le duele que le cuestionen sus cartografías —sentir ese dolor y esa molestia parece ser un paso inevitable para acceder a la posibilidad de reconocer esa otra inteligencia, que necesita frustrarnos (acostarnos) para que podamos recibir su regalo.

¿Cuál es la diferencia entre caerse y acostarse? Sólo una interpretación, sólo una idea: caer es un proceso percibido como error, acostar(se) es un proceso (reflexivo) percibido como voluntad. Un

mismo movimiento es interpretado de dos maneras diferentes —uno viene de *afuera*, el otro de *adentro*. Comprender la sabiduría profunda de la frustración es comprender que caerse y acostarse son el mismo proceso. Es comprender que la voluntad personal interpreta como error lo que no puede significar como voluntad. Hay una voluntad más amplia, compleja y sutil, y la frustración es la encargada de ponernos en contacto con ella. Duele, molesta, pero es necesaria.

Personalmente, muchas veces me rehúso a sentir ese dolor y esa molestia. Así, me rehúso a recibir el regalo de conectar con esa voluntad más compleja. Ese dolor molesto es la apertura de una parte de mi estructura perceptiva y sensible, que se había cerrado para organizar sus energías —para sobrevivir, para crear sus cosas estables. Para recibir ese nuevo regalo, para crecer, necesito abrirme. La frustración es esa apertura. Y sí, abrir duele.

Eso que llamamos *frustración* —también, *desilusión* o *fracaso*— es algo que el ser humano no termina de enfrentar, de comprender, de permitirse experimentar. A la vez, pareciera ser algo fundamental de lo que nos constituye como *seres humanos*.

Pienso que las *personas* nos sentimos frustradas por no asumir nuestras frustraciones. Si supiéramos frustrarnos —frustrarnos en serio—, comprenderíamos que la frustración es parte de un proceso de crecimiento y no un estado desgraciado, fatal y negativo del cual tendríamos que huir.

Como no comprendemos la caída, huimos. Nos medicamos. Intentamos escapar de la frustración con esperanzas; entonces nos quedamos esperando. Hoy las personas vivimos frustradas porque no sabemos disfrutar, saborear, sentir, estar presentes —vivimos esperando otra cosa. El punto es que, para disfrutar, para sentir, para estar presentes, necesitamos frustrar las ideas sobre lo que es disfrutar —y sobre lo que nos hubiera gustado sentir, y sobre cómo nos hubiera gustado que fuera este presente. Pero no lo hacemos, porque esas ideas nos encantan y vivimos bajo su hechizo. Vivimos esperando o luchando para que las cosas sean diferentes, así como creemos que deberían ser. No sabemos celebrar —más bien, *creemos* no saber.

Las criaturas humanas vivimos, en gran medida, sumergidas en un pantano profundo de insatisfacción. Como no sabemos qué hacer con eso, entramos en adicciones que nos anestesian —ficciones que nos insensibilizan.

La hipótesis fundamental de este libro podría resumirse en esto: la frustración es la puerta de entrada a la celebración. El mundo, así como está, o como aparenta estar, tan poco *celebrable*, con tantos desajustes y tantas atrocidades, así tan insatisfactorio y horroroso, no es sino el reflejo colectivo/cultural/mental/político de nuestra incapacidad para sentir, para estar presentes, para celebrar.

¿Será así?

Este libro es una invitación a despertar (un poco), a reconocer el sueño en el que venimos buceando —ese sueño que llamamos *humanidad*. El libro tiene una pretensión estética, en tanto invita a sensibilizar y refrescar la percepción; y una pretensión poética, en tanto invita a recrear el mundo — liberar el mundo, liberarnos, reconocernos más libres de lo que pensamos que somos. Este libro te invita a desmantelarte y a reescribir el mundo, tu percepción de él, tus mapas —se te invita a sentir la temperatura de *lo real*, por debajo de todos esos viejos mapas con los que creíste poder entender el mundo. Los diferentes textos encaran, desde diferentes ángulos, posibles caminos para desmenuzar eso que parece constituirnos como seres humanos: la frustración. En este sentido, pretendemos nada

más ni nada menos que deconstruir al ser humano —tal y como lo entendemos hoy en día.

(Inevitablemente, claro, esa pretensión será frustrada.)

Los textos están ubicados en un orden específico, aunque también pueden ser leídos en cualquier orden. Sí se recomienda leer primero los primeros dos textos, que funcionan como introducción. Tal vez la introducción alcance y sobre, tal vez todo el libro sea sólo el despliegue insistente de una idea muy básica e insistente. Como verás, hay muchas repeticiones e insistencias. Por eso es que éste tal vez sea un libro para leer salteado y con tiempo. Algunos textos parecen poder ser leídos más velozmente, otros piden lentitud y pausa en cada oración. El último texto tal vez sea el más claro de todos; de hecho, fue escrito desde la consigna de la claridad. ¿Cómo puedo decir todo esto de manera bien clara?, me pregunté. Tal vez ese texto sintetice a todos los demás. No lo sé. Como sea, ojalá esto te inspire para investigarte en tu experiencia personal y para investigar esta experiencia colectiva que llamamos *realidad*.

No hay una pretensión filosófica de abarcar el tema de la frustración en su totalidad. ¿Qué sería

eso? Estos son sólo algunos encares posibles, algunas entradas tentativas a un tema que tal vez consta de muchos subtemas. Los textos no pretenden dar en un blanco. La propuesta de lectura no tiene que ver con la invitación a descubrir una verdad —acaso tenga más que ver con la posibilidad de dejar de sostener mentiras (certezas, historias, creencias, mitos).

¿Qué pasa si no piensas que las cosas que se dicen acá son acertadas o erradas? Ir a los textos, más que a encontrar fórmulas, a frustrar fórmulas. Porque sí, también, las ideas entre uno y otro texto pueden contradecirse. Pueden repetirse, contradecirse y variar. Algunas líneas, después de pasado un tiempo de haberlas escrito, ni *yo* las entiendo.

En gran medida, estos textos nacieron de chispazos producidos por experiencias personales que produjeron movimientos psíquicos específicos, que a su vez se tradujeron en palabras específicas. Algunos pasajes se sienten más claros, diáfanos, directos. Otros parecen más oscuros, encriptados, múltiples. Si todo esto te parece enroscado, tal vez tengas razón; tal vez todo esto sea un gran enrosque... Pero la humanidad, ¿no es acaso un gran enrosque? En tal caso, estos textos tal vez no sean sino una invitación a destejer el laberinto.

La humanidad, a nivel personal y a nivel político, se encuentra con la posibilidad de destejer sus laberintos.

Y destejerlos tal vez no sea más que reconocer el carácter ficticio del tejido.

Tal vez ya no necesitemos escapar. Tal vez alcance con reconocer.

Cuando nos *percibimos* dentro del laberinto, solemos echar a correr, como si la velocidad nos pudiera conducir a la salida —como si la salida (la felicidad, la libertad, el orgasmo) estuviera al final de la historia.

¿Será así?

Tal vez sí y tal vez no: tal vez haya otro camino y tal vez ni se trate de un camino: tal vez no se trate de escapar de la maraña, sino de aquietar... Aquietar, o más bien percibir la quietud *ya* debajo (o dentro) del movimiento —y sentir la maraña, sus pliegues. Cuando la corriente nos lleva, dicen, lo peor es oponer resistencia. Claro, nos han enseñado que los problemas se resuelven con esfuerzo. Pero ¿nos está funcionando?

¡Una aclaración! Aunque mi habla es más bien porteña (nací y viví más que nada en Buenos Aires, donde la segunda persona singular es *vos*), el libro está escrito con la forma *tú*. Creo que se debe a dos

razones —o a tres. La primera es ésta: la mayoría de estos textos fueron escritos y/o corregidos en Chile, en donde se habla de *tú*, y suelo tener bastante permeabilidad a los modos de hablar: digamos que me contagio fácil. La segunda razón: se pensó, en algún momento, en alguna reunión invisible de mis oficinas creativas, que un libro escrito en la forma *tú* podría llegarle a más gente —creo que esto no fue tan calculado, simplemente sucedió. La tercera razón tendría que ver con eso, con que simplemente sucedió: más que una razón, la tercera es una intuición —el misterio.

Y ahora que escribo aparece una cuarta idea: pienso que, al escribir de *tú*, como cuando a veces escribo en inglés, algo en mí, o más bien en la escritura, se despersonaliza. La construcción y el mantenimiento de la imagen de mi persona requiere, entre otras cosas, de la información acerca de mi nacionalidad y de mi modo de hablar. Cuando hablamos de frustración, hablamos de la desilusión (no de la disolución sino de la desilusión) de las definiciones de la personalidad —del reconocimiento del carácter ilusorio (ficticio) de esas definiciones. Sólo la desilusión de la forma con la que hicimos refugio puede permitirnos el acceso a lo que podemos llamar el Campo: lo vasto: lo abierto.

La persona es un modo de hablar. La persona es un discurso —un texto, un relato, una forma. La personalidad es una manera específica de pronunciar la palabra NO. La personalidad es una manera de sobrevivir —decir no a lo que amenaza con desorganizar (destejer) la forma. Alterar las maneras de decir no puede no sacudir, aunque sea mínimamente, la solidez de la estructura personal. Si la personalidad es una rutina, una manera de frustrar la rutina podría ser:

—Hoy voy a hacer algo diferente. Hoy hablaré diferente.

Así que escribir de *tú* puede haber tenido que ver con mi proceso creativo de desilusión personal.

Ojalá este libro te invite a esa fiesta —no la disolución, sino la desilusión. Ojalá los textos te inviten a frustrar (no eliminar, sino airear, poner en juego) la rutina de tus mapas personales.

¿Frustrar(se) será sólo poner(se) en juego?

Ojalá este libro te anime a frustrarte, pero no de la manera en que solemos hacerlo, que es evitando la profundidad y el aprendizaje de la frustración al identificarnos con una imagen estable de *persona frustrada*. Ojalá quieras jugar con esa imagen, con ese personaje, ojalá reconozcas que no eres sólo el personaje. Ojalá estas lecturas te contagien

esas ganas de frustrar tus ilusiones, a consciencia de que sólo la frustración de las ilusiones y los ideales sirve como portal de liberación y acceso al Campo, con su misteriosa y desquiciada inteligencia.

Entonces, te invito a leer lento, muy lento, veloz y veloz y también muy lento; y a acompañar la lectura con una investigación personal en la experiencia (física, mental, emocional, espiritual, vincular) de tu día a día.

No te preocupes por entender. Tal vez haya líneas que, más que para entender, sean una invitación a dejar de entender.

De hecho, tal vez nos venga bien invitarnos un poco más seguido a no entender —dejar de pretender agarrarlo todo.

Tal vez esto sea más poesía que manifiesto.

Tal vez esta sea más una experiencia estética que filosófica.

Tal vez una experiencia personal, filosófica y política profunda sea en el fondo una experiencia estética —una agitación de la sensibilidad.

Tal vez éstas no sean sino invitaciones al misterio —invitaciones a la celebración.

Entonces, que tengas un horroroso viaje, y ¡felices frustraciones!

La condición narrativa

Hablar es esencialmente transformar lo visible en invisible.

Maurice Blanchot

Podemos pensarnos como animales que se cuentan historias. Animales simbólicos. Animales narrativos. ¿Qué pasa si nos vemos como animales narrativos que viven una vida de cuento?

Hace muchos miles de años los sapiens desarrollamos (o encontramos) un tipo de lenguaje que no tiene sólo la misión de apuntar hacia *afuera* (hacia el mundo) para anunciar la cercanía de una presa o de un predador. Los *otros* animales tienen esos lenguajes hechos de gestos, sonidos y olores para señalar al mundo —lo que está ahí, lo que es *aquí*. Los humanos, además, inventamos esos gestos que llamamos *palabras*.

El lenguaje humano usa las palabras. Las palabras, ¿adónde señalan?¹

¹ En su libro *The alphabet versus the goddess*, Leonard Shlain habla del salto perceptivo y cognitivo que implicó el hecho de que cuando un humano señalara, en lugar de mirarle la punta de su dedo, se proyectara la mirada en el vacío, a través de la distancia, hacia, y hasta, lo que se suponía que ese dedo señalaba. Aunque dice que otros animales también señalan, afirma que este

Pensemos en las palabras como flechas que se curvan y se vuelven sobre sí mismas. Al plegarse sobre sí mismos, esos gestos sonoros que llamamos *palabras* o *conceptos* (y luego las cadenas de palabras/conceptos que llamamos *historias*) crean un espacio *interior*, un perímetro que separa un *afuera* de un *adentro* —la llegada de las palabras/conceptos al planeta Tierra inaugura, más bien solidifica, la percepción que separa el *adentro* del *afuera*. La llamamos *percepción separatista*. No es que las otras especies no perciban separación. La diferencia es que para sobrevivir el animal humano tuvo que ponerle nombre a la separación. Y el nombre es más duro que la más dura de las piedras, más infranqueable que la más infranqueable de las murallas. Una muralla se derriba con fuerza, pero ¿cómo se derriba un nombre?

Al percibir (nombrar) un adentro separado de un afuera, el animal mental se identifica con eso que considera su *adentro* y se des-identifica de eso que considera su *afuera*. A esta manera de organizar la percepción, le podemos llamar *ficción*. La palabra *ficción* tiene la misma raíz etimológica que la pala-

gesto pudo ser un paso importante hacia la creación del lenguaje de las palabras.

bra *paraíso*. Etimológicamente, el paraíso es un jardín delimitado por un círculo de piedras. Digamos que la ficción es un jardín recortado, separado de la continuidad indiferenciada del paisaje cósmico.

El pensamiento específicamente humano es de tipo ficticio. El pensamiento de *homo sapiens* crea formas, recortes perceptivos del campo de lo real. Para recortar, *homo sapiens* nombra y define — crea generalizaciones, abstracción, concepto. La ficción (la generalización, la conceptualización) le sirve para organizar, controlar y sobrevivir. Es cierto que el resto de los animales también marca territorio, pero sus territorios son físicos. El territorio humano también es abstracto, simbólico. Los territorios humanos, más que por murallas, están divididos por líneas imaginarias. Llamamos *historia* a la tecnología con que sostenemos la estabilidad de esas fronteras imaginarias.

Las historias sirven al humano para sobrevivir. Siendo un animal tan frágil, en relación a los otros animales, y por nacer tan prematuro, blando y abierto, *homo sapiens* necesita de los conceptos para tejer relatos que permiten la cooperación a gran escala², la socialización y el desarrollo de he-

² Yuval Noah Harari, *De animales a dioses* (Debate, 2014).

rramientas y tecnologías físico-afectivas. El ser humano sobrevive en la medida en que crea conversación —cultura. Según algunas teorías, el cerebro humano creció tanto que, para poder los bebés nacer sin matar a las madres en el parto, tuvimos que empezar a nacer antes de estar del todo formados (codificados); así empezamos a nacer más prematuros y entonces la información que no llegaba a transmitirse genéticamente tuvo que empezar a transmitirse culturalmente. La cultura sería una codificación genética post-parto.³ Las culturas son tejidos de conversaciones que definen lo que se es y lo que no se es —lo posible y lo imposible.

¿De qué está hecho el borde entre lo que creemos ser y lo que creemos *no* ser? ¿Será que está hecho de palabras —de conceptos, de generalizaciones, de historias?

³ *Los cerebros de los homínidos recién nacidos se volvieron más inmaduros que los cerebros de los recién nacidos de otras especies de mamíferos. Importantes circuitos neuronales, como las instrucciones instintivas que automáticamente informan a todos los otros mamíferos cómo sobrevivir en el nacimiento, desaparecieron. Para compensar, las piezas faltantes en el cerebro del homínido recién nacido fueron agregadas después de que el infante estuviera ya seguro del otro lado del anillo pélvico de la madre. Mucho más tarde nombraríamos a estas piezas “cultura”. La cultura fue vertida dentro del cerebro del bebé a través del agenciamiento de una innovación evolutiva estupenda —el lenguaje. (Leonard Shlain, *The alphabet versus the goddess*, Penguin/Compass, 1998. La traducción es mía.)*

Con el lenguaje ficticio (simbólico, abstracto) creamos historias. Nuestro lenguaje abstracto no consta solamente de señales físicas concretas; no apunta sólo a lo que está presente, también apunta a lo que está ausente —a lo que creemos/percibimos como ausente, lo que *es historia*.

Usamos la expresión *es historia* para indicar que algo *ya* no está. Estuvo, sí, pero ya no está. La historia es la afirmación de un pasado —el pasado, en este sentido, es un relato. El *concepto* es un gesto que ya no señala algo visible, audible, tocable; el gesto ficticio señala lo que no está —lo que *ya* no está. Al crear un pasado, la ficción afirma un presente en tanto resultado de ese pasado. Al definir lo que no está, la ficción define lo que sí está. Al referirse a un afuera, la ficción crea un adentro. Al crear un *adentro*, la ficción se refiere a un *afuera*. ¿Podemos decir que el pensamiento ficticio crea (inventa) la división entre el adentro y el afuera?

Cuando homo sapiens desplegó esta nueva tecnología (esta operación perceptivo-cognitiva), aprendió a referirse a lo que no está presente para los sentidos físicos. El *gesto ficticio* puede pensarse entonces como una ronda de personas que se cierra para hablar de quienes quedan fuera de la ronda.

Los humanos son animales que se juntan para contarse historias —contarse historias es dar atención a lo que no está. Para organizarnos, confiamos en lo que no está. Conceptualizar es cerrar un círculo (una forma): la definición de formas le permite a la consciencia incluir (adentro) y excluir (afuera).

La ficción es un sistema de inclusiones y exclusiones. La referencia ficticia, entonces, es la creación de una exclusión —de una *ausencia*. Es al cerrar, al dejar dentro y al dejar fuera, que lo que queda fuera empieza a ser percibido como ausente. Si no hubiera una mente que traza líneas sobre el territorio de la experiencia, ¿cómo podríamos percibir la ausencia? Si no hubiera un sistema perceptivo que decide a partir de qué punto algo ya no está presente, no existiría la ausencia. Si no hubiera fronteras simbólicas —decisiones ficticias, historias—, no habría diferencia entre la presencia y la ausencia. La ficción viene a cristalizar y definir ese punto físicamente inestable entre la percepción de un estar y la percepción de un no-estar. Llamamos *corazonada* a la percepción pre-física de un viento que se acerca. ¿Le decimos intuición a una fisicalidad demasiado sutil como para poder entenderla y explicarla? ¿Cuándo empieza un viento a ser percibido por el cuerpo físico? ¿A partir de qué punto el

viento está presente? ¿A partir de qué punto ya no estás acá?

El lenguaje ficticio crea (define) ausencias, habla de lo que se fue y de lo que aún no llega. ¿Es el lenguaje ficticio un intento de suplantar la corazonada? ¿Es la ficción la responsable de la caída de la intuición? ¿Es la ficción un mapa de antiguas intuiciones?

La cultura sería la codificación necesaria de un hasta-dónde y un desde-dónde. La cultura informa al individuo sus posibilidades perceptivas —le indica qué estímulos pueden y deben ser escuchados, y cuáles no. Cada cultura desarrolla y transmite diferentes sistemas perceptivos de acuerdo a sus necesidades de supervivencia. Las gentes de los hielos del norte tienen muchas palabras, muchos signos, para las variaciones de lo que la mayoría de las personas nombramos simplemente como *blanco*. La cultura es un catálogo de necesidades perceptivas. En el diagrama cultural, no hay espacio para la gratuitad. La cultura es el adiestramiento necesario para sólo lo necesario.

El lenguaje humano crea el Tiempo —el pasado de los recuerdos, el futuro de los proyectos. Eso que llamamos *tiempo* es un tejido de recuerdos y proyectos, un entramado de historias, de mitos,

de sueños, de cuentos —cosas que no están. Idea: el tiempo es la relación entre lo que está y lo que no está. Las cosas que no están, ¿dónde están? Sólo el tiempo lo sabe, sólo el tiempo lo dirá. Sin ausencia, no habría tiempo. El tiempo es un tejido de ausencias.

Nos contamos cuentos —cuentos de lo que pasó, cuentos de lo que vendrá, cuentos de lo que no está. Pero ¿adónde empieza lo que no está? Las identidades (tanto las personales como las colectivas, familiares, tribales y nacionales) se definen por la estabilización de sus ficciones —las historias que deciden adónde empieza *lo otro*, lo que ya no es propio, el viento extraño, lo que no debe ser oído.

Vivimos en un mundo hecho de historias, de ideas, de generalizaciones y de palabras que definen las fronteras adonde comienza la ausencia. Vivimos en un mundo hecho de ausencias.

Al menos mientras creemos en ellos, nuestros cuentos definen los bordes y las posibilidades de nuestro mundo —de nuestra vida.⁴ A esa vida condicionada por este modo ficticio de conocer y crear es a lo que nos referimos con *condición narrativa*.

⁴ ...no sólo la mente humana crea símbolos, sino que la vida misma es símbolo para la mente humana. (Eugenio Carutti, *Inteligencia planetaria*, Vladi Editions, 2015).

La idea es que vivimos, en gran medida, condicionadxs por las cosas que nos decimos del mundo, de la vida, de las personas, del universo y de nosotrxs mismxs. Tal vez sea obvio, pero pareciera que necesitamos recordarlo para seguir asumiendo la *ficcionalidad* de nuestras vidas. Vivimos dentro de marcos ficticios —marcos que nos contienen y protegen a la vez que nos limitan e inhiben.

Al menos, cuando creemos...

Los humanos nacemos en contextos culturales con códigos de creencia —contextos hechos de historias, relatos y mitologías. Somos educadxs para *creer* en lo que pensamos. Se nos enseña a elegir a quién creer y a quién no. Se nos enseña a definir creencias, a adoptarlas, a sostenerlas y a vivir en coherencia con ellas. *No* se nos enseña —al menos, no se nos viene enseñando, no tanto— a cuestionar lo que creemos, a poner en duda nuestras perspectivas más sutiles, nuestras miradas más ocultas, los fundamentos. Acaso sí se nos enseña, en parte, a dudar. Pero la duda que se nos enseña, que nos enseñamos, es la duda *sobre* la cosa: sabemos dudar del contenido de nuestras afirmaciones, no tanto de su estructura, no tanto de la condición inestable de toda afirmación. No nos venimos entrenando

tanto, pareciera, en el arte de *no creer* —o de *también* no creer. Si sabemos descreer, no sabemos también-no-creer, lo que sería reconocer que el creer es un gesto de delimitación de un campo de posibilidades creativas, y, sobre todo, que la creencia es una herramienta y no una prisión.

Olvidamos que la creencia es una herramienta y nos encerramos en ella. No sabemos estar *también* afuera de ese jardín de posibilidades delimitado por la creencia. No aguantamos ni un segundo la incertidumbre del campo abierto. En algo, pensamos, hay que creer. Si abandonamos un sistema de creencias, pensamos, necesitamos otro —¡ya mismo!

¿No sabemos estar en silencio?⁵

Si sabemos dudar de la verdad de nuestras afirmaciones, acaso no sabemos tanto dudar de nuestra capacidad —y nuestro derecho— de afirmar (fijar), y por lo tanto de negar (mover), el mundo. Pareciera que, en algún nivel, seguimos creyendo que el mundo puede ser conocido con nuestro lenguaje hecho de generalizaciones —sonidos, o dibujos, que pretenden decirnos que todos los perros son el

⁵ Una famosa frase de Pascal: *Todas las desgracias del hombre se derivan del hecho de no ser capaz de estar tranquilamente sentado y solo en una habitación.*

mismo *perro*. Acaso vamos “evolucionando” con la idea (ingenua) de que un día encontraremos la verdad —la verdad última, expresable con un manojito de sonidos. Tal vez creemos que diciendo muchas veces la palabra *perro* llegaremos a tocar la esencia de todos esos bichos que caminan por ahí pidiendo alimento y atención.

Tal vez el gran cuento, más allá de todos los cuentos parciales, es el que dice que, en algún lugar, en algún tiempo, encontraremos un cuento, El Cuento, que finalmente pueda dar cuenta del mundo. Como si el mundo fuera sólo un cuento. Como si hubiera, en algún lado, escondida, remota, una palabra mágica que abrirá (o cerrará), un día, por fin, los portales del Reino —de lo Real.

Así, tal vez ingenuamente, nos vamos contando cosas, como si fuéramos probando y descartando posibilidades. Alguna de las llaves, decimos, tendrá que funcionar. Y cambiamos paradigmas, como si estuviéramos probando llaves. ¿Cuestionamos la realidad de la puerta? ¿Será que creemos demasiado en esa puerta? ¿Será que creemos demasiado en esa separación que esa supuesta puerta debería disolver? Vivimos creyendo y, mientras creemos, los cuentos *son* el mundo. El mundo, un paisaje cartográfico. La realidad, un mito.

¿Qué pasa, entonces, cuando revisamos lo que nos contamos? ¿Qué pasa cuando le ponemos atención a lo que nos contamos y creemos en cada momento? ¿Qué pasa cuando indagamos y cuestionamos la solidez de nuestras historias? ¿Qué pasa cuando nos asumimos narradores? ¿Qué pasa cuando registramos el efecto emocional del creer los pensamientos que el cerebro nos propone?

El Buda decía que sufrimos no por lo que pasa, sino por lo que opinamos *sobre* lo que pasa. ¿Tal vez estemos viviendo mucho en ese *sobre*? Tal vez creemos estar viviendo la vida cuando, en realidad, estamos viviendo la opinión que tenemos *sobre* la vida. Tal vez confiamos en que estamos pisando la realidad cuando sólo estamos caminando sobre nuestros mapas de la realidad, peleando con la vida para que se acomode a esas cartografías. Peleando con la vida para no desilusionarnos —para no frustrarnos.

¿Será?

Tal vez todo esto sea sólo una hipótesis, pero te invito a testarla. Te invito a tomar esta hipótesis y a ponerla a prueba.

Te invito a explorar tu condición narrativa.